

Páginas selectas

EL CATEQUISTA IDEAL

Henri Fesquet, redactor católico del periódico *Le Monde*, ha publicado en 1962 un libro muy interesante, titulado *El catolicismo, ¿religión de mañana?* (Grasset, París, 302 págs.). En él trata la imagen ideal del catequista future. Extractamos del mismo los párrafos que siguen.

Una preparación psicológica cuidadosa es la condición primera para que la enseñanza religiosa sea adecuada y eficaz (...).

La segunda condición es que los maestros conozcan la materia que enseñan. Ahora bien, ¿cómo negar que una de cada dos veces, incluso en Francia, donde una renovación es incontestable, el catequista enseña mal lo esencial que debería comunicar a través de sus lecciones? Su objetivo esencial suele ser aún el de explicar, palabra a palabra, fórmulas a aprender de memoria. Es legítimo concluir con un formulario de preguntas y respuestas, pero a condición no sólo de que éstas sean simples y claras, sino de que antes de fijarlas en la memoria se explique su génesis.

Antes de empezar a trabajar todo catequista debería estar convencido de que:

1.º *El catolicismo no es un sistema, sino una historia.* Como tal, se ofrece adaptado a los niños, que prefieren, a Dios gracias, las «historias» a las ideas.

2.º La Biblia, lo mismo el Antiguo que el Nuevo Testamento (pero dando preferencia al Nuevo sobre el Antiguo) debe ser el *centro* de toda instrucción religiosa.

No basta con ligar la doctrina al Evangelio; es necesario que la doctrina mane del Evangelio como de una *fente*. Las parábolas de Cristo existen para que uno se sirva de ellas. La vida privada y pública de Cristo es cautivadora para los niños.

3.º El judeocristianismo es la historia *de las relaciones de un pueblo con Dios*; de un pueblo y no de un individuo. Apenas salimos de la crisis individualista que ha hecho de la religión un asunto privado cuando constituye el punto geométrico de las relaciones de Dios con la humanidad de todos los tiempos y de todos los lugares. Dios, que es, en sí mismo, una comunidad (Trinidad) ha hecho alianza con una comunidad humana. El contacto entre estas dos comunidades constituye lo esencial de la Buena Nueva. Las desavenencias, las promesas, los arrepentimientos, las fidelidades, las desviaciones del pueblo judío, forman la trama de la Historia Sagrada, arquetipo de toda la historia.

4.º La Biblia es una *historia* de amor, donde, poco a poco, las relaciones jurídicas han ido cediendo

a las relaciones de libertad y de intimidad, a un diálogo entre las personas. Historia de amor basada en los *testimonios* de los escritores sagrados que cuentan lo que han visto, que transmiten su propia experiencia. La Biblia es concreta, del principio al fin. Relata hechos registrados por ojos, oídos y manos humanas.

5.º La Biblia —y singularmente el Evangelio— *no es una sucesión ininterrumpida de milagros* o prodigios. El filósofo de las religiones que conoce el ambiente en que transcurrió la vida de Jesús se sorprende ante el pequeño número de milagros relatados por los evangelistas.

La Historia Sagrada no es una sucesión de cuentos ingenuos y pueriles. Todas las religiones tienen sus milagros. La originalidad del cristianismo es otra. En el relato del Génesis, por ejemplo, no es la imaginaria de Epinal de los siete días, del costado de Adam, de la manzana, de la serpiente, lo que importa, sino la filosofía de la creación que de ella se deduce; la bondad del mundo, la igualdad fundamental de la pareja, la libertad humana, etc... Puede decirse otro tanto de todas las «maravillas» bíblicas. Valen por lo que significan.

6.º Cristo ha superado *la ley*. A una moral «cerrada» Él ha sustituido una moral «abierta». A unos reglamentos exteriores, Él ha opuesto consejos de perfección. Las Bienaventuranzas hacen estallar por todas partes la moral elemental del Decálogo. Al temor Él ha opuesto la confianza; al sentido estático del «deber», la alegría interior; a los escritos, el verbo. La Iglesia lo ha sentido maravillosamente, al anteponer la tradición a los textos, aunque fuesen sagrados.

7.º *La espiritualidad aventaja a la moral.* La unión con Dios, el deseo de asemejarse al ser amado, predominan sobre la satisfacción egocéntrica de haber sido fiel a unas reglas. La moral no es, por otra parte, más que un medio. «Yo no busco las virtudes —decía Teresa de Avila—, sino al Señor de las virtudes».

Un acto no es malo porque está prohibido, sino que se prohíbe porque es malo, porque mutila o degrada. La virtud es liberación, expansión; suprime los obstáculos que se oponen a la unión con Dios.

8.º *El sacrificio no es jamás un fin en sí; es un*

medio para podar lo que se opone al crecimiento de la personalidad, un «test» para evaluar el amor. La dificultad que se experimenta para realizar un acto bueno no es la medida de su valor moral, como generalmente se piensa. La facilidad es, por el contrario, el signo de la virtud llegada a su punto de madurez.

9.º *El cristianismo confía en el hombre.* Ama al hombre y cree en la posibilidad de su mejoramiento. El desprecio al hombre es una actitud anticristiana. El cuerpo, la materia, son escabeles del alma y del espíritu. La creación entera es «buena», pues proviene de Dios; el mal, fruto de la rebeldía de una criatura, puede, de derecho, ser vencido. La naturaleza humana está herida, pero ha sido reequilibrada por el sacrificio del Hombre-Dios. El pecado mismo, que es un mal, puede ser utilizado para un bien más grande. *¡Felix culpa!...*, canta la liturgia de la Semana Santa.

Existe, pues, un *optimismo* cristiano. La fe es la posibilidad de un progreso moral y material. El tiempo, la duración, ofrecen la posibilidad de aproximarse a Dios. Permiten redimirse y santificarse progresivamente. El círculo de la fatalidad antigua se ha quebrado. La rueda del tiempo avanza, para mejor o para peor, pero nunca para nada.

10. *El cristianismo es creador de alegría.* «Un santo triste, se ha dicho, es un triste santo». El hombre, creado para amar y servir a Dios, no encuentra la paz más que en el cumplimiento de la voluntad divina, que no es arbitraria, sino que coincide con una conciencia recta y las exigencias más profundas del ser. La gracia no es una vestidura; ella regenera la naturaleza desde dentro. *La naturaleza está hecha para la gracia.* Como ha escrito Louis Lavelle, «la

gracia, en los dos sentidos que se da a esta palabra, es la perfección de la naturaleza».

11. *El cristianismo es una religión simple.* No existe más que un mandamiento que resume todos los otros, el de amar a Dios y su prójimo; un único dogma fundamental del que fluyen todos los demás: la divinidad de Jesús; solamente un sacramento fundamental: la Eucaristía, en la que la materia trabajada por los hombres —el pan y el vino— se transforma en el cuerpo y sangre del Hombre-Dios.

12. *El cristianismo es una religión exigente, enemiga del minimum.* Enseña que no se hace nada sin intentarlo todo. Su moral y su espiritualidad son opuestas al ideal «burgués» que se alimenta del justo medio. El cristianismo es una llamada a todas las generosidades, al don total; es una religión «deportiva», según la bella expresión del hermano Roger, prior de Taizé. El cristiano es invitado a vivir heroicamente.

¿Por qué no decirles a los jóvenes, ávidos de ideal, que están en la edad de la abnegación? El cristianismo está hecho para hacer mella en la juventud a condición de ser presentado en su rigor y su desnudez. Porque se ha hecho del cristianismo una religión sin exigencias, la juventud se aparta de él y va a buscar en otras partes razones falsificadas de vivir. Desde los J3 a los «blousons noirs», el problema de los jóvenes desviados es siempre el mismo: engañar con acciones insólitas el hastío y la vanidad de su vida mediocre; escapar a la vida espiritual; olvidar la falta de amor del que son víctimas.

(HENRI FESQUET, *La Nouvelle Revue Pédagogique*, Casterman, Tournai (Bélgica), núm. 7, marzo de 1963, págs. 385-387.)

Antiguamente, cuando el individuo estaba sometido solamente a un ritmo de trabajo relativamente lento y procedente de su personal iniciativa, con los reflejos intelectuales y físicos no automatizados, no era tan imperativamente necesario como ahora un descanso semanal. Pero con el ritmo actual de nuestra civilización mecánica, electrónica y mañana nuclear, es indudable que debe disponerse una transición muy neta entre la actividad social y la posibilidad de relajamiento y descanso de la vida privada. Cuando, por la naturaleza misma de perfeccionamiento de las estructuras, las gentes necesitan ser más competentes, especializadas y disciplinadas en la vida profesional, con mayor exigencia reclamará su psiquismo un tiempo de reposo más largo y más frecuente, como una ampliación de la noción, todavía muy estrecha, que tenemos de la libertad.

En esta dirección los primeros signos son de buen augurio. En algunos años la cultura de las masas ha hecho progresos más rápidos que durante todo el período que va de las primeras edades a principios del siglo XX. A despecho de nuestros censores y nuestras casandras, el progreso mecánico y electrónico ha contribuido más en cincuenta años al conocimiento de las artes, para la inmensa mayoría de las personas, que diez siglos de esfuerzo de las academias y de las universidades. Aproximadamente, ¿cuántos franceses habrían escuchado en 1900 los grandes programas de Beethoven, Mozart y Bach, interpretados por concertistas de reputación mundial, bajo la batuta de los directores más prestigiosos? Hoy, gracias a los discos microsuro, las obras de tales maestros se difunden por centenares y centenares de millares en un público cada día más amplio, cada día más popular.

(Jacques BLOCH-MORCHANGE: *Fonder l'avenir*. Librairie Arthème. Paris, 1962, págs. 166-168.)